

Cuatro mil Años de Arquitectura

Por GUILLERMO RANDLE, S. J.

PRETENDER exponer edificios dentro de otro, llamado museo, será siempre la eterna paradoja de las "exposiciones de arquitectura" ya que al permanecer ajenos a la experiencia del espacio, permanecemos ajenos al protagonista principal de la obra arquitectónica.

DE LO MONUMENTAL RELIGIOSO A LO COLECTIVO

Esto es lo que observamos una vez más a propósito de 4.000 años de arquitectura mejicana, tránsito universalmente acentuado desde fines del siglo XVIII en el que la arquitectura, como la más amenazada de las artes, corre el riesgo de perderse en pura geometría y construcción perdiendo así su esencia, la cual dijimos ser el espacio, desde el punto de vista plástico (1), y espacio, bello y útil, construido y vivido por el hombre, desde el punto de vista analítico causal y experiencial del hecho arquitectónico (2).

(1) Cfr.: G. RANDLE, S. J., "El espacio interior en la arquitectura", "Estudios", N° 505, julio 1959, p. 343-352.

(2) Cfr.: G. RANDLE, S. J., "¿Filosofía para la arquitectura?", "Nuestra Arquitectura", N° 369, agosto 1960, p. 21-23.

Desde entonces el edificio se convierte en una especie de enser de trabajo y pertenece al arte utilitario, no a las "Bellas Artes". La arquitectura renuncia a sus pretensiones trascendentes.

Así es como progresivamente observamos los templos de la arcaica cultura mejicana de sobrias plantas, solidez en su contextura y pintoresquismo en el colorido, reflejo nítido y transparente del instinto de Dios que posee el hombre; el cálido humanismo, que encarna en el siglo XVI el espíritu español de fuerte cristianismo con el espíritu dominador y guerrero del azteca y la tradición cultural y artesana del tolteca; la "grandeza de la época" de los siglos XVIII y XIX con sus parques-jardines, monumentos arquitectónicos conmemorativos, museos, teatros, exposiciones y fábricas; y por último el colectivismo del siglo XX en sus edificios públicos, estadios, centros comunales, ciudades, centros médicos.

Todo este progresivo desencadenamiento de lo monumental religioso a lo colectivo no es sino la imagen del espíritu encarnado que es el hombre a través de su arquitectura, imagen alterada el día de hoy debido al desplazamiento del centro de gravedad del espíritu humano

hacia lo esfera de lo inorgánico. Y decimos del espíritu humano por cuanto el núcleo de su trastornada condición está en él mismo y periféricamente en lo social, económico y cultural.

La atracción de esa esfera de lo inorgánico es la que sustenta aún una manía Cartesiana de la que vamos saliendo: la tecnocracia, antítesis del hombre real con sus necesidades sociales, y el "funcionalismo" que ya cansado entorpece toda flexibilidad del espacio interior por su afán en lo sistemático de la interdependencia plan-fachada (3), en fin el predominio de lo útil sobre lo bello, de la carne sobre el espíritu, y por consiguiente la ostentación del desequilibrio de la estructura interna de la persona humana.

PERSPECTIVA FUTURA

Por arquitectura moderna, entendemos en todos los tiempos aquella que es imagen real del hombre y su mundo, en el cual se relaciona socialmente con los demás y dialoga, en el cual establece una relación responsable (de respuestas) con la persona de Dios. y en el cual, en fin, forma su ámbito natural.

El espacio y el tiempo, por consiguiente, como notas correspondientes del hombre en cuanto espíritu encarnado, constituyen dos coordenadas ineludibles para todo aquél que quiera construir en el presente con sentido histórico, vale decir con sentido profundamente humano.

La perspectiva futura que se le abre a la arquitectura mejicana, rica por su extenso y envidiable pasado, tendrá que tener en cuenta por consiguiente los valores *Tradición, Mejicanidad y Humanismo* que a ella le competen.

Tradición que es herencia de 4000 años de arquitectura, privilegio de pocos países en el mundo.

Mejicanidad que destilan sus obras de la cultura arcaica y del siglo XVI.

Humanismo en dos manifestaciones tí-

picas de aquel siglo: la Casa y el Convento, las más acabadas expresiones arquitectónicas de lo que es la persona humana en sus dimensiones necesarias, concretas y universales de comunión y aislamiento, o lo que es igual decir, la expresión más exacta de lo que es arquitectura: espacio, bello y útil, construido y vivido por el hombre. Ambas manifestaciones enriquecidas con la ingenuidad del espíritu indígena que ejecuta. La segunda hereda además el sentido del espacio abierto y en él se congregan sin delimitación posible, lo religioso y lo social. Es centro de la cultura.

En una palabra: "cada solución se aliena de las experiencias, todavía en gran parte inéditas, y de la fascinación legendaria y arcana de la prehistoria". (4) Aprovechar por tanto a ésta junto con el momento más trascendental de la historia mejicana, el siglo XVI, será la clave de una arquitectura moderna y autóctona, expresión del hombre y de su mundo.

Todavía, a nuestro juicio, no se ha llegado a una conjugación de estos dos valores; la Biblioteca de la Ciudad Universitaria y adyacencias no constituye un atisbo suficiente como para predecir el futuro, en cambio sí el espíritu que anima a quienes han hecho posible esta exposición.

Es evidente que en todas nuestras apreciaciones, estamos lejos del protagonista del hecho arquitectónico, en razón de que como ya dijimos, no puede ser representado completamente en ninguna forma, ni aprehendido, ni vivido, sino por experiencia directa. Por eso solo nos quedan las fotos, pobres en número y en calidad, pues muchas no pasan de ser un buen afiche, sobre todo en lo que respecta a la arquitectura arcaica y al siglo XVI, de las cuales, por su importancia, hubiéramos deseado tener más acopio, y el uso de la imaginación en fin, para apreciar los ricos y variados puntos desde donde podamos tomar posesión del espacio y poder ver arquitectura.

(3) Cfr.: G. RANDLE, S. J., "Albert Ferran: Philosophie de la composition architecturale, recensión", "Ciencia y Fe", año XV, 3, julio-septiembre 1959, p. 338-340.

(4) BRUNO ZEVI, "Arquitectura e Historiografia", Edit. Víctor Lerú, S. R. L., Bs. As., 1958, p. 55.